

Agatha Christie®



Un célebre caso que pone
a prueba la extrema lucidez de
HÉRCULES POIROT

MUERTE EN EL NILO



booket

Agatha Christie

Muerte en el Nilo

Traducción: Horacio Grancho

Capítulo primero

—¡Linnet Ridgeway!

—¡Es ella misma! —dijo Burnaby, propietario de Las Tres Coronas.

Se dirigió a su compañero.

Ambos se quedaron mirando fijamente, con los ojos como círculos y la boca ligeramente entreabierta.

Un Rolls Royce, rojo y sinuoso, acababa de detenerse frente a la oficina de correos local.

Una muchacha se apeó del automóvil, una muchacha sin sombrero y luciendo un vestido que parecía —sólo parecía— sencillísimo. Una muchacha de cabello dorado y rasgos autoritarios. Una muchacha de formas encantadoras. Una muchacha como se veían pocas en Malton-under-Wode.

Con paso imperioso entró en la oficina de correos.

—¡Es ella! —repetió Burnaby. Y continuó en voz baja, en tono confidencial—: ¡Posee millones...! Se gastará aquí miles y miles de dólares. Hará construir piscinas, jardines italianos y una sala de baile. Hará derribar la mitad de la casa y la volverá a edificar.

—Traerá dinero a la ciudad —dijo su compañero.

Éste era un individuo flaco. Hablaba con tono gruñón en el que se advertía algo de envidia.

Burnaby parecía estar complacidísimo.

—Sí, es una suerte para Malton-under-Wode. Una gran suerte.

Burnaby asintió, moviendo la cabeza.

—¡Qué diferencia con sir George! —exclamó el otro.

—Los caballos tuvieron la culpa —aseguró su compañero, con indulgencia—. Nunca tuvo suerte.

—¿Cuánto le pagó por la casa?

—Apenas unos sesenta mil dólares, según dicen.

El hombre delgado dejó escapar un silbido.

—Y se asegura que habrá gastado otros sesenta mil antes de acabar.

—¡Maldita sea! —dijo el hombre delgado—. ¿De dónde ha sacado tanto dinero?

—De Estados Unidos, por lo que yo he oído. Su madre era hija única de uno de esos groseros millonarios. Como en las películas, ¿sabe?

La muchacha salió de la oficina de correos y subió al coche. El hombre delgado la devoró con la mirada mientras ella emprendía la marcha, y murmuró entre dientes:

—No me parece justo que sea tan guapa. Dinero y belleza... es demasiado. Cuando una joven es tan rica como ésa, no tiene derecho a ser bella al mismo tiempo... Y ella es bella al mismo tiempo... ¡Y es bella de verdad...! Tiene todo lo que puede apetecer una mujer... ¡No es justo!

Extracto de la página de sociedad del *Daily Blague*:

«Entre los asistentes a la cena de Chez Ma Tante tuve ocasión de admirar la belleza de Linnet Ridgeway. A su lado estaban la distinguida miss Joanna Southwood, lord Windleshaw y Tobias Bryce. Miss Ridgeway, como nadie ignora, es hija de Melhuish Ridgeway y de Ana Hartz. Hereda de su abuelo, Leopold Hartz, una inmensa fortuna. La encantadora Linnet es la sensación del momento; se rumorea que en breve se hará público un noviazgo. ¡Lord Windleshaw parecía, en efecto, muy entusiasmado!»

La distinguida miss Joanna Southwood dijo:

—Querida, creo que todo esto va a ser sencillamente maravilloso.

Estaba sentada en el dormitorio de Linnet Ridgeway, en Wode Hall. Desde la ventana contemplaba los jardines a sus pies y, más allá, veíase el campo abierto enmarcado por las sombras azules de los bosques.

—Es estupendo esto, ¿verdad? —dijo Linnet.

Apoyó los brazos en el antepecho de la ventana. Tenía una expresión ardiente, vivaracha, dinámica. A su lado, Joanna Southwood parecía, en cierto modo, algo oscurecida. Era una dama joven, de veintisiete años, con un rostro largo e inteligente y cejas depiladas caprichosamente.

—¿Y has hecho todo esto en tan poco tiempo? Habrás empleado un gran número de arquitectos y además...

—Tres.

—¿Cómo son los arquitectos? No creo haber visto ninguno.

—Estaban bien. A veces los encontraba poco prácticos.

—Querida. ¡Eres encantadora! ¡Tú sí que eres práctica!
Joanna cogió una sarta de perlas del tocador.

—Supongo que serán auténticas, ¿verdad, Linnet?

—Naturalmente.

—Esto te parecerá natural a ti, querida, pero no a todo el mundo. Amiga mía, parece increíble que estén unidas tan artísticamente. Deben valer una fortuna fabulosa.

—Unas cincuenta mil libras esterlinas a lo sumo.

—Es una cantidad bastante importante. ¿No tienes miedo de que te las roben?

—No. Las llevo siempre encima... Además están aseguradas.

—Déjame que las luzca en la comida. ¿Quieres, querida?

Linnet esbozó una sonrisa.

—Naturalmente. Si esto te agrada...

—¿Sabes, Linnet? Te envidio, realmente. Tú tienes todo cuanto se te antoja. Hete aquí a los veinte años dueña absoluta de tus propias acciones, con todo el dinero que deseas, belleza y una salud soberbia. ¡Tienes hasta talento! ¿Cuándo cumples los veintuno?

—En junio próximo. Daré una fiesta de cumpleaños en Londres. Sonó el teléfono y Linnet acudió apresurada.

—¡Sí!

—Mademoiselle de Bellefort desea hablar con usted. ¿Le paso la comunicación?

—¿Bellefort...? ¡Oh, claro que sí!

Oyóse un chasquido e inmediatamente después una voz de ardiente tono, dulce y apresurada, se dejó oír.

—¡Hola...! ¿Miss Ridgeway? ¿Linnet?

—¡Jacqueline, querida...! Hacía un siglo que no sabía nada de ti.

—En efecto, querida amiga... ¡Es terrible lo que me ocurre...! ¡Tengo que verte inmediatamente!

—¿No puedes venir aquí? Quiero enseñarte este juguete nuevo.

—Me gustaría mucho.

—Bueno, pues cuando quieras, ven en tren... en coche.

—Iré en seguida. Tengo un biplaza bastante usado. Lo compré por quince mil libras y hay días en que marcha estupendamente. Pero tiene sus rarezas. Si no he llegado a la hora del té, es que mi coche ha tenido una de sus rarezas. ¡Hasta luego, querida!

Linnet colgó el receptor. Regresó junto a Joanna.

—Es mi antigua amiga, Jacqueline de Bellefort. Estuvimos juntas en un colegio, en París. Ha tenido siempre una mala suerte terrible. Su padre es un conde francés, su madre norteamerica-

na... del Sur. Luego su progenitor se fugó con otra mujer y su pobre madre perdió hasta el último céntimo en la quiebra de Wall Street. Jacqueline quedó completamente arruinada. No sé cómo se las habrá arreglado para pasar estos dos años.

Joanna estaba ocupada en dar brillo a sus uñas de un color rojo sangriento con el *polissoir* de su amiga. Se hizo hacia atrás en la silla, con la mano extendida, para contemplar el efecto de su obra.

—Querida —dijo arrastrando las palabras—, ¿no crees que eso es demasiado aburrido? Si alguna de mis amigas tuviese una *desgracia*, yo la abandonaría inmediatamente. A primera vista parece inhumano, pero nos evita un gran número de molestias futuras. Luego te pedirían dinero prestado o te harían acompañarlas a una tienda de modas donde no tendrías más remedio que pagar los trajes que eligiesen. O pintarían pantallas horribles que tú te verías obligada a adquirir. O te harían bufandas de punto.

—Entonces, si yo perdiese mi dinero..., ¿me abandonarías mañana mismo?

—Sí, querida, lo haría. ¡No podrás decir que no soy franca! Sólo me gusta la gente que triunfa. Y lo mismo le pasa a todo el mundo, con la diferencia de que ellos son más hipócritas y no quieren confesarlo. Dicen, por ejemplo, que no pueden aguantar más a Mary, a Emily o a Pamela. «¡Sus sufrimientos la hacen tan *amargada* y tan peculiar... Pobre chica!»

—¡Qué cruel eres, Joanna!

—Soy positiva, como todo el mundo.

—Yo no soy *positiva*.

—Tú tienes tus razones. No hay motivo para ser mezquina cuando se tienen apoderados jóvenes y bien parecidos que te envían tus enormes rentas cada cuatro meses.

—Y tú te equivocas respecto de Jacqueline —dijo Linnet—. Ella no es ninguna pedigüeña. Por el contrario, he querido ayudarla varias veces y no me lo ha permitido. Es tan orgullosa como el diablo.

—¡Pero ahora tenía tanta prisa en hablarte! ¡Apostaría que piensa pedirte algo! Ya lo verás.

—Parecía excitada por algo —admitió Linnet—. Jacqueline ha sido siempre excesivamente impulsiva. Una vez le clavó un coraplumas a uno.

—¡Querida, eso es estupendo!

—Fue a un chico que martirizaba a un pobre perro. Jacqueline intentó convencerle para que dejase en paz al desgraciado ani-

mal. Él no le hizo caso. Entonces ella le empujó con todas sus fuerzas, pero él era más fuerte y no cedió. Entonces Jacqueline sacó un cortaplumas y se lo clavó hasta la empuñadura. Fue una escena horrorosa.

—Eso iba yo a decirte. ¡Parece peligrosa!

La doncella de Linnet entró en la habitación. Murmurando unas palabras de excusa, tomó un vestido del armario y volvió a salir.

—¿Qué le pasa a Marie? —preguntó Joanna—. Parece que ha estado llorando.

—Pobrecita. ¿No te dije que quería casarse con un individuo que tenía un empleo en Egipto? Ella no sabía gran cosa de él y yo pensé que sería conveniente cerciorarme de sus buenas intenciones. Pues bien, hice practicar averiguaciones y resulta que el *angelito* estaba ya casado y tenía tres hijos.

—¡Cuántos enemigos debes de tener, Linnet!

—¿Enemigos? —Linnet parecía sorprendida.

Joanna insistió con un movimiento de cabeza y cogió un cigarrillo.

—¡Enemigos, querida! ¡Eres tan devastadoramente inteligente! Además eres excesivamente bondadosa y haces todas las buenas acciones que puedes.

Linnet rió de todo corazón.

—¡No tengo un solo enemigo en todo el mundo!

Lord Windleshaw estaba sentado bajo el cedro del jardín. Sus ojos acariciaban las graciosas proporciones de Wode Hall. No había nada que contrastase desagradablemente en sus líneas de antiguo estilo. Los edificios nuevos y los ensanches estaban fuera de la vista por alzarse al otro lado. Constituía una visión apacible y bella bañada por la luz de un sol de otoño. Sin embargo, al contemplarlo, no le parecía ver Wode Hall. Lo que admiraba Charles Windleshaw era una mansión magnífica de puro estilo isabelino, con un parque de gran extensión y un fondo muy sombrío... La residencia habitual de su familia, Charltonbury, y en primer plano se destacaba la figura de una muchacha de cabello brillante color oro y una expresión ardiente y confiada... ¡Linnet sería la señora de Charltonbury!

Estaba muy esperanzado... Su negativa no había sido definitiva... Fue tan sólo una petición de plazo... Bien, podía esperar algo más.

¡Cuán conveniente era todo para él! Indudablemente se casaba por dinero, pero no le era tan necesario que tuviese que posponer sus propios sentimientos. Además, amaba a Linnet. Habría deseado hacerla su esposa, aunque se hubiese tratado de una mendiga en vez de ser la mujer más rica de Inglaterra. Pero afortunadamente era la mujer más rica de Gran Bretaña... Su cerebro elaboraba sin cesar planes para el futuro. Tal vez llegaría a poseer el condado de Rozdale, restauraría toda el ala derecha del edificio, no tendría necesidad de alquilar sus cotos de caza de Escocia...

Charles Windleshaw soñaba al sol...

Eran las cuatro en punto cuando el desvencijado biplaza se detuvo con un ruido de arena aplastada. Una muchacha saltó del coche, una criatura esbelta, elegante, con una gran cabellera oscura. Subió apresuradamente los escalones y llamó al timbre.

Pocos minutos más tarde fue conducida al suntuoso gabinete y el mayordomo de aspecto eclesiástico anunció con grave entonación:

—¡Mademoiselle de Bellefort!

—¡Linnet!

—¡Jacqueline!

Windleshaw se apartó a un lado, observando con simpatía aquella figurita orgullosa que se lanzó con los brazos abiertos sobre Linnet.

—Lord Windleshaw... Mademoiselle de Bellefort... Mi mejor amiga.

Una criatura monísima, pensó él... No guapa, en realidad, pero decididamente atractiva con aquella mata de pelo oscuro y rizado y aquellos ojos enormes. Murmuró unas cuantas naderías corteses y se marchó, para dejarlas solas. Jacqueline chasqueó los dedos... un gesto que según Linnet lo recordaba, le era característico.

—¡Windleshaw! ¡Windleshaw! Ése es el hombre con quien vas a casarte, según afirman los periódicos. ¿Es verdad?

Linnet murmuró:

—Tal vez.

—¡Ah, querida, cuánto me alegro! Parece excelente.

—¡Oh, no des ya las cosas por hechas! Todavía no me he decidido.

—Claro que no. La reina debe proceder siempre con gran cautela y escrupulosidad a la elección de consorte.

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Pero si es verdad. Tú eres una reina, Linnet. Lo fuiste siempre. *Sa Majesté la reine Linnet*. Y yo soy la favorita de la reina. Su dama de honor de confianza.

—¡Cuántas tonterías dices! Dime, Jacqueline, ¿dónde has estado todo este tiempo? Desapareciste y no me has escrito ni una sola vez.

—Odio a muerte la escritura. ¿Dónde he estado? Ahogada casi. Sumergida hasta el cuello. He estado trabajando en empleos sumamente groseros, con mujeres más groseras aún.

—Oh, querida, querida, me gustaría...

—¿Que aceptase la generosidad de mi reina? Pues bien, con franqueza, ése es el motivo que me ha hecho venir. No, no para pedirte dinero. ¡No he llegado a esa situación todavía! Pero he venido a solicitar de ti algo mucho más importante aún.

—Adelante.

—Sí, en efecto, piensas casarte con ese Windleshaw, tal vez me comprenderás.

Linnet pareció sorprendida durante un minuto. Luego su rostro se aclaró.

—¿Quieres decir, Jacqueline, que...?

—Sí, querida; prometida a un hombre...

—Era eso. Ya me parecía que estabas en cierto modo demasiado alegre. Siempre lo has estado, desde luego, pero ahora bastante más que de ordinario.

—Ésos son mis sentimientos. En efecto.

—Háblame de él.

—Se llama Simon Doyle. Es alto, ancho de hombros, increíblemente simplón y pueril y extraordinariamente adorable. Es pobre... no tiene ni un penique. Es lo que vosotros llamáis un noble provinciano empobrecido. Es el menor de sus hermanos, con las consecuencias de rigor. Su familia procede de Devonshire. Le gusta el campo y las cosas rústicas. Y estos cinco años últimos lo ha pasado en un despacho de la City. Ahora han cerrado el establecimiento y lo han dejado en la calle. ¡Me moriré, de eso estoy segura, si no me caso con él, Linnet...! ¡Me moriré! ¡Me moriré!

—¡No seas ridícula, Jacqueline!

—Me moriré de pesar, te lo aseguro. Estoy loca por él y él por mí. No podemos vivir el uno sin el otro.

—¡Ay, querida! ¡No te pongas así!

—No sé... Es terrible, ¿verdad? Cuando el amor se apodera de una, la entontece y la deja incapaz de pensar en otra cosa que no sea el objeto amado.

Hizo una pausa. Los ojos oscuros se dilataron adquiriendo una expresión trágica. El cuerpo de la joven se estremeció ligeramente.

—A veces me asusto... Simon y yo fuimos hechos el uno para el otro. Jamás me interesará nadie más. Y tú *tienes* que ayudarme. Me he enterado que has comprado todo esto y la noticia me ha inspirado una gran idea. Verás, tú necesitarás un administrador... tal vez dos... Pues bien, quiero que des este empleo a Simon.

—¡Oh! —Linnet estaba alarmada.

Jacqueline continuó:

—Conoce todo esto como sus propios dedos. Fue educado en fincas rústicas y tiene una gran práctica. Además, posee grandes conocimientos en negocios. ¡Oh, Linnet, tú le darás ese empleo! ¿Verdad que se lo darás por cariño hacia mí? Si no se porta bien, si demuestra ser poco eficiente, lo echas. Pero sé que no. Desempeñará su cargo a las mil maravillas. Y viviremos en una casita y yo te veré todos los días. El jardín me parecerá entonces cien veces más hermoso.

Se levantó.

—Di que sí, Linnet. Di que sí. Preciosa Linnet. Linnet querida. Di que sí.

—Jacqueline...

—¿Sí?

Linnet estalló en carcajadas.

—¡Jacqueline ridícula! Tráeme al príncipe de tus sueños que yo le vea, y luego hablaremos.

Jacqueline se lanzó sobre su amiga, besándola con frenesí.

—Linnet querida... Eres una verdadera amiga. Ya sabía que lo eras, y que no permitirías que me muriese. Eres lo más encantador de este mundo. ¡Adiós!

—Pero, Jacqueline, te quedarás.

—¿Yo? De ninguna manera. Regreso a Londres y mañana volveré con Simon y lo arreglaremos todo. Te encantará. Es una verdadera preciosidad.

—¿No puedes esperar hasta que tomemos el té?

—No, no puedo esperar, Linnet. Estoy demasiado excitada. He de regresar y decírselo a Simon. Sé que estoy loca, querida, pero no puedo evitarlo. El matrimonio me curará; yo así lo espero. Siempre se ha dicho que ejerce saludables efectos sobre temperamentos como el mío. Me equilibraré pronto.

Volvióse hacia la puerta, se detuvo un momento, luego volvió para besarla.

—Querida Linnet... ¡No hay nadie como tú!

Gaston Blondin, propietario del restaurante de moda Chez Ma Tante, no era un hombre a quien le gustara honrar con su presencia a todos los clientes. La riqueza, la belleza, la notoriedad y la aristocracia esperaban en vano ser distinguidos por aquel personaje o siquiera atraer su atención. Sólo en casos excepcionales monsieur Blondin condescendía graciosamente a saludar a un huésped dándole la bienvenida, a acompañarle a una mesa privilegiada o a cambiar con él las frases de rigor en tales casos.

En esta noche particular, monsieur Blondin había ejercido sus prerrogativas reales tres veces: una para una duquesa, otra para un par del reino y la última para un hombrecillo de apariencia cómica con bigotes negros exuberantes y que cualquier observador casual habría creído que hacía muy poco favor a Chez Ma Tante con su presencia.

Monsieur Blondin, sin embargo, le colmaba materialmente de atenciones.

Aunque sólo hacía media hora que varios clientes se marcharon desesperados por no hallar ni una sola mesa vacía, ahora apareció una misteriosamente y para colmo de milagro situada en posición inmejorable. Monsieur Blondin condujo a este cliente hacia ella con *empressement*.

—Pero, naturalmente, para *usted* hay siempre una mesa, monsieur Poirot. Lo que quisiera es que nos honrase más a menudo con su presencia.

Hércules Poirot sonrió recordando aquel incidente, ya pasado, en que un cadáver, un camarero, el propio monsieur Blondin y una señorita encantadora habían desempeñado un papel importante.

—Es usted muy amable, monsieur Blondin —dijo.

—¿Está usted solo, monsieur Poirot?

—Sí, estoy solo.

—¡Oh, bien! Jules confeccionará para usted un menú que será un poema... positivamente, un poema. Las mujeres, sobre todo las hermosas, tienen una desventaja: distraen la mente impidiendo que se saboreen bien los manjares. Pero usted paladeará nuestra comida, monsieur Poirot, se lo prometo. En cuanto al vino...

Siguió una conversación de técnica gastronómica. Monsieur Blondin se inclinó un momento bajando el tono de su voz y dijo confidencialmente:

—¿Tiene usted algún asunto entre manos?

—¡Ay, no! Estoy de vacaciones —dijo suavemente—. Hice mis

economías cuando podía y ahora poseo medios suficientes para llevar una vida reposada.

—Le envidio.

—No, no; sería poco juicioso envidiarme. Puedo asegurarle que no es todo tan agradable como parece —suspiró—. ¡Cuán verdadero es el proverbio que dice que el hombre inventó el trabajo para no tener que pensar!

Monsieur Blondin levantó las manos.

—¡Hay muchas cosas! Los viajes, por ejemplo.

—Sí, en efecto, se puede viajar. Ya lo he hecho en muchas ocasiones y me ha sentado bastante bien. Este invierno pienso ir a Egipto. El clima, según dicen, es soberbio. ¡Así escaparé a la tediosa monotonía de las nieblas perpetuas, de los tonos grisáceos, de la lluvia que cae incesantemente!

—¡Ah, Egipto! —suspiró monsieur Blondin.

—Ahora se puede ir allí evitando el mar, excepto en el obligado paso del canal.

—¡Ah! ¿No le gusta el mar?

Hércules Poirot movió la cabeza y se estremeció imperceptiblemente.

—A mí tampoco —declaró monsieur Blondin con simpatía—. ¡Es curioso el efecto que ejerce sobre el estómago!

—Pero sólo sobre ciertos estómagos. Hay personas a quienes el movimiento no les causa la menor impresión. Incluso les gusta.

—Una incoherencia del Señor —corroboró monsieur Blondin.

Movió tristemente la cabeza y tras expresar su impío pensamiento desapareció.

Camareros de pies ágiles y manos expertas servían las mesas. Mantequilla, tostadas y una cubitera de hielo demostraban que se ofrecía comida de calidad.

La orquesta negra rompió en un éxtasis de notas discordantes. Londres bailaba.

Hércules Poirot observaba, registrando sus impresiones en su cerebro como en un archivo.

¡Cuán aburridos y cansados eran los rostros que veía! Algunos de aquellos hombres se divertían, indudablemente... mientras que una resignación paciente era el sentimiento general exhibido por los rostros de sus acompañantes. Aquella mujer gorda vestida de escarlata parecía radiante de felicidad... Indudablemente, la grasa le proporcionaba un deleite, una satisfacción, que estaba vedado a los que poseían líneas más armónicas. ¡Todo, en esta vida, tiene sus compensaciones!